

THESAURVS

| REVISTA DIGITAL DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO | NÚMERO 60 - JULIO 2020 - JUNIO 2021 |
| ISSN 0040-604X - ISSN-e 2462-8255 |

Monográfico
**HACIA UNA
EPISTEMOLOGÍA
DE LA ESCRITURA
CREATIVA**

-
- Editorial | 1
Juan Manuel Espinosa - Juan Álvarez
- Libertad, oficio y conocimiento
(la escritura de ficción en la era académica) | 3
Alejandra Jaramillo
- Inventar el archivo | 13
Juan Álvarez
- La aurora de las cosas | 30
Andrea Mejía
- Celebración del lenguaje en el poema | 42
Juan Camilo Suárez
- Algo se muere, pero no es para siempre | 60
María Paz Guerrero
- El corazón en la página | 81
Betina González
- La pulsión efrástica y el saber poético | 94
Andrea Cote-Botero
- Desapropiación para principiantes | 106
Cristina Rivera Garza
- Aproximación a un momento y un caso | 117
Sergio Chejfec
- No basta que existan las cosas | 128
Yuri Herrera

THESAURVS

REVISTA DIGITAL DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
NÚMERO 60 - JULIO 2020 - JUNIO 2021

Comité editorial

Carmen Millán de Benavides

Directora
Instituto Caro y Cuervo

Juan Manuel Espinosa

Editor
Subdirector Académico
Instituto Caro y Cuervo

Juan Álvarez

Editor invitado
Maestría Escritura creativa
Instituto Caro y Cuervo

Susana Rudas

Editora asistente
Instituto Caro y Cuervo

Margarita Valencia

Maestría Estudios Editoriales
Instituto Caro y Cuervo

César Augusto Buitrago Quiñones

Divulgación editorial
Instituto Caro y Cuervo

Revista digital *Thesaurvs* - Periodicidad: anual
ISSN-e: 2462-8255

revista.thesaurus@caroycuervo.gov.co
thesaurus.caroycuervo.gov.co



La cultura
es de todos

Mincultura



Comité científico

Adolfo Elizaincín

Ph.D. en Filología Románica, Universidad de Tubinga.
Miembro de número de la Academia Nacional de Letras del Uruguay, Uruguay

Alejandra Jaramillo Morales

Ph.D. en Literatura, Tulane University Of Louisiana.
Docente de la Universidad Nacional de Colombia,
Departamento de Literatura y Maestría en Escrituras Creativas

Álvaro S. Octavio De Toledo y Huerta

Ph.D. en Filología Románica, Universidad de Tübingen. Profesor asistente Universidad de Múnich Ludwig Maximilians, Alemania

Ana María Díaz Collazos

Ph.D. en Lingüística Hispana, University of Florida, Estados Unidos

Ana María Fernández Lávaque

Argentina

Micaela Carrera de la Red

Ph.D. en Filología Hispánica, Universidad de Valladolid. Catedrática de Filología Románica, Universidad de Valladolid, España

Enrique Obediente

Catedrático Departamento de Lingüística de la Universidad de Los Andes (Mérida) e individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, Venezuela

Francisco Marcos Marín

Ph.D. en Filología Románica, Universidad Complutense de Madrid. Experto en el Consejo Europeo de Investigación, Universidad de Texas, San Antonio, Estados Unidos

Juan Camilo Rodríguez

Ph.D. en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Presidente de la Academia de Historia, Colombia

Juan David Martínez Hincapié

Ph.D. en Lingüística - Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesor cátedra de Lingüística, Universidad de Antioquia. Profesor interno de la Universidad Pontificia Bolivariana, Colombia

Juan Fernando Cobo Betancourt

Ph.D. en Historia- University of Cambridge, Reino Unido

Juan Guillermo Ramírez

Ph.D. en Literatura Binghamton University, Estados Unidos

Luis Gonzalo Jaramillo

Ph.D. en Arqueología - Universidad de Pittsburg. Profesor asociado de la Universidad de los Andes, Colombia

Manuel Contreras Seitz

Ph.D. en Filología Hispánica- Universidad de Zaragoza, Profesor Universidad Austral de Chile, Chile

Margarita Jara

Ph.D. en lingüística hispánica- Universidad de Pittsburgh, Profesora asociada- Universidad de Nevada, Las Vegas., Estados Unidos

Mary Edith Murillo

Ph.D. didáctica de la lengua y la literatura- Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad del Cauca, Colombia

Max Doppelbauer

Ph.D. en Lingüística Universidad de Viena. Profesor titular Universidad de Viena, Austria

Olga Stanislavovna Chesnokova

Ph.D. en Filología, catedrática del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Facultad de Filología de la Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos, Federación de Rusia

Patricia Simonson

Ph.D. en Literatura Universidad de París III, Sorbona Nueva. Profesora asociada Departamento de Literatura Universidad Nacional de Colombia, Colombia

Paulina Meza

Ph.D. en Lingüística, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesora asistente, Universidad de la Serena, Chile

Pedro Martín Butragueño

Ph.D. en Filología Española- Universidad Complutense de Madrid. Director de la Nueva Revista de Filología Hispánica y Coordinador del Laboratorio de Estudios Fónicos, El Colegio de México, México

Richard File-Muriel

Ph.D. en Lingüística Hispánica - Universidad de Indiana Bloomington. Profesor asistente Universidad de Nuevo México, Estados Unidos

Rodolfo M. Cerrón-Palomino

Ph.D. en Lingüística , Universidad de Illinois. Profesor titular Universidad Católica de Perú, Perú

Rubén Pose

Máster en Filología Hispánica- Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Madrid. Profesor ayudante de primera, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Simón Uribe

Ph.D. en Geografía, London School of Economics, Reino Unido

Virginia Bertolotti

Ph.D. Humanidades y Artes - Universidad Nacional de Rosario, miembro de número de la Academia Nacional de Letras de Uruguay. Investigadora del Departamento de Medios y Lenguaje, Universidad de la República de Uruguay, Uruguay

Victoria Cirlot

Catedrática de Filología Románica, Directora de l'Institut Universitari de Cultura, Departament d'Humanitats Universitat Pompeu Fabra, España

EDITORIAL

A sus 75 años, *Thesavrvs* mantiene como su objetivo principal la publicación y divulgación de investigaciones originales en ciencias del lenguaje y estudios literarios enfocados en la difusión de estudios sobre literatura y cultura, lingüística teórica y aplicada, escritura creativa y estudios editoriales. Así mismo, busca promover el intercambio de ideas entre especialistas en marcos de interdisciplinariedad.

El número que hoy presentamos, establecido para el periodo julio 2020 - junio 2021, se compuso como un monográfico para promover la apertura epistemológica del campo creativo e indagar por el rol de la investigación en el marco de sus procesos.

En este sentido se convocó a un grupo de escritoras y escritores para que reflexionaran y escribieran en torno a un mismo problema:

¿De qué naturaleza precisa es el conocimiento que construye el relato? Dicho de otro modo: ¿cuál es lugar epistemológico desde el que imagina, narra, reflexiona, poetiza y produce conocimiento y experiencia la escritura creativa?

Los diez artículos que presentamos abarcan modelos de análisis y evidencia empírica del proceso de creación, que esperamos aporten a la discusión sobre este tema.

Juan Manuel Espinosa
Editor

Juan Álvarez
Editor invitado

INVENTAR EL ARCHIVO*

Juan Álvarez

Actualmente coordina la línea de investigación en problemas narrativos para la escritura creativa del Instituto Caro y Cuervo.

juan.alvarez@caroycuervo.gov.co

Resumen

Consignar en el archivo y fijar el sentido de lo archivado fueron por siglos dos operaciones no distinguidas. En el contexto de los archivos nacionales latinoamericanos, la conservación y fijación de sentidos estuvo intensamente vinculada con una forma particular de manifestación de la cultura: la palabra escrita y publicada. ¿Qué hace la imaginación ante el archivo? ¿Cómo formular y defender un lugar epistemológico para la intervención creativa sobre el archivo? El ensayo contempla la impugnación contemporánea del archivo, el trabajo de desasignación de la imaginación y la condición algorítmica actual y futura que actúa ya como fuerza transformadora de los sentidos del archivo. Luego de estos rodeos ensanchadores, el ensayo vuelve sobre el escenario concreto de “la literatura de la independencia” tratando el caso del insulto como estrategia política aural imposible de analizar y comprender sin la intervención de cierto “giro auditivo” sobre el archivo, y cierra analizando el caso específico del *Diario de la Independencia* (1902) de José María Caballero como oportunidad singular para remozar el archivo nacional desde el tejido literario imaginativo.

Palabras clave: archivo, conservación, imaginación, intervención creativa, giro auditivo, algoritmo, insulto, *Diario de la Independencia*.

* Una primera versión de esta conferencia fue leída en el marco de la Maestría en Literatura y su énfasis en Escritura Creativa de la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín. Agradezco aquella invitación para elaborar sobre el trato creativo del archivo en los libros *Insulto: breve historia de la ofensa en Colombia* (2018) y *La ruidosa marcha de los mudos* (2015).

Abstract

To archive and fixing the meaning of that archived were, for centuries, two undistinguished operations. In the context of the Latin American national archives, the conservation and fixation of meanings was intensely linked to a particular form of culture: the written and published word. What does the imagination do to the archive? How to formulate and defend an epistemological place for creative intervention on the archive? The essay will contemplate contemporary challenges of the archive, the act of unassigning made by the imagination and the current and future algorithmic condition that already acts as a transforming force of the meanings of the archive. After these broadening detours, the essay will return to the concrete scenario of “the literature of independence”, it will deal with the case of insult as aural political strategy impossible to analyze and understand without the intervention of a certain “auditory turn” on the archive, and will close by analyzing the specific case of the *Diario de la Independencia* (1902) –text by José María Caballero– as a unique opportunity to renovate the national archive from the literary intervention.

Key words: archive, conservation, imagination, creative intervention, auditory turn, algorithm, insult, *Diario de la Independencia*.

Fijación de sentido

Los archivos nacionales nacieron para conservar. En las entrañas de la formación de las repúblicas latinoamericanas palpita la palabra consignada. Y la necesidad de legitimarlo todo, desde la administración de lo público hasta la propagación de lo religioso, a partir de esa *letra depositada*.

La relación entre el poder y la consignación de sentidos, en determinada forma de archivo más allá del cerebro humano, se remonta a los primeros ordenamientos sociales *sapiens* complejos, miles de años después de la revolución agrícola. Lo ha descrito Yuval Noah en el capítulo “Sobrecarga de memoria” de su libro *Breve historia de la humanidad*: “Entre 3.500 y 3.000 a.C., algunos genios sumerios anónimos inventaron un sistema para almacenar y procesar información fuera de su cerebro [...] los sumerios liberaron así su orden social de las limitaciones del cerebro humano” (141).

Me interesa el adjetivo “anónimos”. Puedo entender la historia intrincada que cifra; una intrincación atada a la disputa presente en toda operación de archivo. También me interesa la idea del cerebro humano como “limitación”. Más que interesarme, me estremece. Los sumerios, hace miles de años, como resultado de procesos cognitivos ellos mismos intrincados en sustratos de miles de años, llevaron el cerebro *sapiens* a desbordar el cerebro *sapiens*. Yo también apenas lo entiendo. Por eso me estremezco.

El tiempo humano al que Yuval Noah se refiere es extremadamente remoto. Aun así, las consecuencias de aquella concepción tecnológica nos alcanzan hasta nuestros días. No vayamos lejos: habrán visto el eslogan en el 2019 de la Biblioteca Nacional de Colombia: “Somos el disco duro de la nación”. No soy experto en computadoras, pero agarro la metáfora: sugiere que son el dispositivo de almacenamiento de datos; y sin embargo, un disco duro no solo *almacena* datos, también los *procesa*, y ese procesamiento, la constitución y dirección de ese procesamiento, ha sido siempre una disputa porque en la acción de almacenar y en la acción de procesar se *moldea* también la información tratada.

El archivo –histórico, social, económico– es siempre una disputa y una fijación de sentidos. No se consigna sin disputa porque las abstracciones “información” / “datos” refieren una materia textual –volúmenes descomunales de lenguaje ocurrido– que sigue viva a pesar de, o precisamente por (es una paradoja, sí, que nadie se espante), haber entrado en la órbita de incidencia de la institución archivo. Consignar y cargar de sentido, en materia de lenguaje, son acciones cercanas, no opuestas de manera tajante como impone que pensemos el paradigma de “recolección de datos” del saber científico.

La fijación de sentido de los archivos nacionales latinoamericanos, concebidos entre finales del siglo XIX y principios del XX, estuvo intensamente vinculada con una forma particular de manifestación de la cultura: la palabra escrita y publicada. Quizás porque la escritura es ella misma una tecnología de archivo, y porque la escritura literaria traía consigo el peso de siglos enteros de legitimación europea. (Rama / Echevarría)

Pero de aquel tiempo a nuestro tiempo muchas cosas han cambiado. Ante la concepción convencional –conservadora– del archivo, un libro y sus gestos fueron cruciales en la avalancha de impugnaciones y cambios por venir.

(Cruciales, al menos —se entiende—, para el trayecto quebradizo e indisciplinado de mis propias lecturas.) Hablo de *El archivo y el repertorio* de la académica mexicana Diana Taylor, publicado en inglés en 2003. Allí Taylor investiga, justamente, por fuera del archivo escrito. Lo hace a partir del performance —obras de teatro, ceremonias oficiales, protestas callejeras, bailes nacionales—, forma de expresión cultural que, sostiene, debe atenderse en su capacidad de guardar y transmitir un tipo de conocimiento no reconocido del todo por las formas convencionales de consignación del archivo nacional.

(Aquí me detengo y pienso en Pedro Lemebel, quien invirtió el valor de los signos y puso, literalmente, el cuerpo por delante: primero el performance, luego, si iba a venir, la literatura.)

Impugnación del archivo nacional

Cualquier obra de ficción relacionada con la historia nacional, con la historia personal, con lo común entre ambas, o con cualquier otra forma novedosa de tratar determinada materia textual, visual o sonora relacionada con registros del pasado (pienso acá en las múltiples rarezas arbitrarias que guardan las familias como memoria de su existencia), suele tener que enfrentarse a la pregunta lugar-común recurrente en nuestro medio cultural: ¿cuánto de lo que escribes en tu obra es verdad, y cuánto es inventado?

(Es lamentable. Es una pena. Pero así ocurre.)

La imaginación —atada de manera exclusiva y equívoca a las artes— está acostumbrada a ser entendida así: *relleno* allí donde no hay registro, porque a su vez, las complejidades de la construcción de verdad suelen ser subsumidas en la simpleza de la presencia de un registro (White). Ante la vigilancia epistemológica de las ciencias sociales, la imaginación suele ser empobrecida como ‘aquello autorizado’ a seguir adelante allí donde no hay datos para seguir adelante. De otra manera, no se concede la autorización. Y si, en desobediencia o insolencia, la imaginación se atreve a seguir adelante allí donde hay datos para seguir adelante, su intervención es considerada llanamente falseadora; o en el mejor de los casos, innecesaria o tangencial.

No exagero —quisiera estar haciéndolo, para efectos del argumento, pero no es así—. Cualquiera que, en la academia, haya lidiado con las tensiones entre los saberes ‘consolidados’ de las ciencias sociales y la creación artística,

sabe muy bien que concepciones así de estrechas, de las capacidades y alcances de la imaginación ante el archivo, habitan el mundo como el nitrógeno la atmósfera.

¿Qué hace entonces la imaginación ante el archivo? ¿Cómo formular y defender un lugar epistemológico para la intervención creativa sobre el archivo?

En su capacidad plástica de *asociar* dos ítems antes no asociados, la imaginación revitaliza documentos envejecidos o anquilosados; esos documentos no dejan de decir en parte aquello antiguo que una vez dijeron, pero sí empiezan a decir cosas nuevas gracias al ángulo inusual de asociación antes no planteada con el que se los ha rozado, porque se los ha rozado con la imaginación.

También, frente al ordenamiento de sentido del archivo, la imaginación *socava*, porque no solo consulta ese ordenamiento, sino que, en el proceso de consultarlo, le pregunta lo que nadie antes le había preguntado, con lo cual, en la misma medida en que interroga las estructuras que archivan, las desnuda en sus insuficiencias, las abre y las transforma.

El archivo es un adentro, un guardián, la *garantía* de constitución de *unidades con sentido*. En el análisis de Derrida y Prenowitz, el archivo es la prolongación del poder de los *archons* —magistrados griegos guardianes de los documentos—, es decir, el banco de sentidos unitarios que emite la “moneda de futuro” (18). Pero ese futuro también está *intervenido* por la imaginación, es decir, no se prolonga como la simple sucesión de valores homogéneos sino como la lucha heterogénea donde sigue ocurriendo la lucha previa y desigual que fue la consignación en el archivo.

Nada de esto lo hace la imaginación por sí misma. Más bien, como el carbono, la imaginación es promiscua, se asocia fácil con otras operaciones mentales, aceitándolas. De la mano de engranajes como el análisis, la síntesis o la reflexión, los archivos van develando las razones de lo consignado y las razones, sobre todo, de *lo no consignado*. Allí entonces la imaginación contrasta, pone de presente los contornos posibles de aquello no consignado y cuestiona el proceso mismo de documentación.

La imaginación desasigna.

(Un ejemplo espectacular de esto es *The Atlas Group Archive*, obra del artista Walid Raad que investiga y documenta la historia contemporánea

de Líbano. La cosa es que, de entrada, la obra se presenta como un ejercicio de *encuentro* y *producción* de documentos —cuadernos, películas, rollos fotográficos y distintos tipos de objetos—, e incluso en la manera como se presentan se hace explícito qué documentos son “encontrados” y analizados y cuáles con “producidos”; pero una vez la premisa de mezcla o superposición está establecida, nosotros como espectadores entramos al archivo con la incertidumbre acerca del *carácter documental* de cada pieza, parecidas todas en sus rasgos materiales. No es que creamos o no en el código de diferenciación que se nos ofrece; es que la pregunta por la naturaleza de “documentar” nos absorbe y determina nuestra experiencia estética y política de los materiales que el atlas nos presenta.)

En el escenario estricto del archivo, la imaginación resulta así lo opuesto a rellenar, porque no cubre los vacíos secundarios dejados, sino que reconstruye o pone de presente posibilidades de realidades sociopolíticas que intentaron borrarse al no consignarse o trataron de domesticarse al consignarse de determinada manera. La imaginación es un transparentador de detalles plausibles del pasado. La imaginación es la materialización de aquello que aún no vemos ni comprendemos. La imaginación es nuestra fábrica civil de futuro porque, ante el archivo, ante el registro del pasado, abre y da forma a distintas posibilidades de impugnación de ese mismo archivo institucionalizado.

Archivo, futuro y olvido

La propia realidad tecnológica computacional contemporánea está desfigurando y volviendo a inventar ese escenario de intervenciones y disputas que es el archivo. En el texto “The Post-Archival Constellation: The Archive under the Technical Conditions of Computational Media” (2017), David Berry se ocupa, justamente, de los problemas epistemológicos y culturales que empiezan a derivarse de la creciente computación del archivo.

De sus observaciones, una en particular me interesa: los procedimientos computacionales de archivo —la digitalización, la codificación, la doble abstracción, la re-presentación— empiezan a determinar los conocimientos y sentidos derivados de los elementos archivados. La condición algorítmica

el hecho de que ahora los archivos se reconfiguran a partir de la retroalimentación autónoma propia de su proceder algorítmico— transforma la materia que archiva.

La fuerza del algoritmo *conserva* al tiempo que *interviene*, lo que debilita la agencia institucional sobre los procedimientos de curaduría, patrimonio antes de las instituciones que archivaban. En esta nueva era, cuando a las tecnologías digitales se les delega mayor responsabilidad en colecciones de todo tipo, sus lógicas computacionales asumen a la vez la tarea de archivar y re-presentar el material; a través de la analítica computacional y los datos de usuarios, el archivo crea un segundo orden del archivo.

Archivar de manera digital está significando también distanciarnos de los objetos. La relación con los objetos, en el archivo cultural y en el archivo de mercancías —este último cada vez más cerca de acotar nuestra experiencia cultural—, parece tender al olvido, al no tacto. Nunca habíamos conseguido guardar y procesar una cantidad tan inmensa de producción de sentido *sapiens*, y al mismo tiempo, nunca habíamos estado tan cerca de olvidarlo todo. Es en parte la paradoja de la abundancia a la que nos ha lanzando, sin paracaídas, la propia Internet, el archivo-hoyo-negro, devorador de todo al tiempo que lo expone (Brockman, ed).

Estos nuevos caminos de la memoria social se manifiestan en algoritmos que demandan —que imponen casi— nuevas maneras de explorar e interactuar con los archivos. Allí en esa novedad puede actuar también, puede actuar mejor, la acción creativa e imaginativa sobre el archivo. Allí puede ocurrir o pensarse este mismo problema central —y futuro— que nos convoca: la producción de conocimiento diverso desde epistemologías heterogéneas.

No en vano, grandes colecciones como la de la Biblioteca Pública de Nueva York —y recientemente la Biblioteca Nacional de Colombia— ofrecen ahora sus mejores estímulos económicos no a investigadores convencionales —corroboradores de lo consignado—, sino a investigadores creativos o a artistas que hagan usos imaginativos, transversales, eclécticos de sus colecciones, muchas de ellas ordenadas o determinadas a partir de nociones puestas en interrogación.

“Literatura de la Independencia”

Existen, por supuesto, infinidad de archivos y distintas maneras de comprenderlos y tratarlos. Nuestros cuadernos de notas o nuestros diarios íntimos son archivos. La base de datos de Colpensiones es un archivo —o podría serlo, de contratársele alguna asesoría narrativa—. Los anillos del tronco de los árboles, nos ha enseñado la biología, son archivos.

Hay también archivos históricos cruciales que han ido configurando la sociedad que somos. Archivos, digamos, protagonistas y fundamentales.

Uno de esos archivos institucionalizados —que no queda en ninguna parte, pero sus originales están en muchos lugares— es conocido como “literatura de la independencia”. Allí se recogen todos aquellos documentos oficiales y menos oficiales que hicieron parte del proceso social y político que desde finales del siglo XVIII, y hasta entrado el siglo XIX, condujo a la independencia política —no económica— del virreinato de la Nueva Granada frente a la monarquía española. Hablo de bandos, proclamas, edictos, cartas —públicas y privadas y de los autodenominados “criollos notables”—, constituciones, actas de congreso, actas de cabildo, diarios íntimos, memorias, catecismos, publicaciones periódicas, etcétera.

Durante años, mientras estudié estas textualidades, una sensación me planeó siempre arriba de la cabeza: entre más leía un documento y otro, entre más comprendía sus sutilezas y los escenarios de poder desde los que eran producidos y hacia los que se dirigían, más me sentía en presencia de una piedra lisa, monolítica e inexpugnable. ¿Qué era aquello estático, tieso, pesado, que independiente de los detalles de cada documento, volvía y los hacía sentir, a todos, muy iguales entre sí?

Con el tiempo acabé contestándome lo siguiente: lo que fosiliza a dichos documentos es su marcada impronta ideológica. Eran, son, textos producidos para incidir, para determinar, para actuar, en una lucha política particular entre bandos ideológicamente interesados. (Hoy se me ocurre pensar también que el tono monocorde de esa literatura de la independencia explica en parte el tono patriotero y grandilocuente que suele acompañar nuestra celebración independentista cíclica e irreflexiva.)

¿Cómo sacudir un archivo así? ¿Para qué intentarlo? ¿Cómo estudiarlo y tratarlo para que vuelva a fulgar y volver a él no sea una mera inconsciencia

celebratoria? ¿Cómo desentrañar las retóricas que lo configuraron y lo hicieron así, y cómo preguntarse por aquello silenciado? ¿Cómo encontrar, en suma, un ángulo, un roce, una categoría —quizá—, que vuelva a encender su chispa?

(Desparramo aquí una semilla, que así no crezca hoy, podrá hacerlo otro día: a mi juicio, una obra que contesta todas estas preguntas es *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia, una de las más audaces y divertidas novelas históricas que se escribieron en América Latina en el siglo XX.)

Giro auditivo

En un libro alucinante titulado *Aurality: Listening and Knowledge in Nineteenth-Century Colombia* (2014), la musicóloga colombiana Ana María Ochoa Gautier indaga ontologías y epistemologías de *lo acústico*, particularmente la voz y su relación con distintas técnicas audibles, donde el sonido se presenta simultáneamente como fuerza que constituye el mundo y como medio para la construcción de conocimiento en torno a ese mundo.

Ochoa Gautier parte de una premisa metodológica que describe como “giro auditivo”. Esta se remonta, a su vez, a teóricos y académicos como Jonathan Sterne y Joachim-Ernst Berendt.

El giro auditivo describe una sensibilidad para leer, escuchar y pensar documentos históricos más allá de sus denotaciones consignadas y explícitas. La palabra consignada es en parte consignada para resonar en el tiempo, para prevalecer duro e imponer sus sentidos políticos denotados. En el pronunciamiento recio y fuerte que hace esa palabra política al consignarse, ¿qué otras cosas pueden ser escuchadas si uno afina el oído para oír los márgenes?

Un documento como el *Memorial de agravios* del patriota Camilo Torres, redactado en 1808, fue pieza crucial en el reclamo criollo y neogranadino, frente a la monarquía española, de la necesidad de una representación política americana más equitativa con respecto a la representación política de la península. Este documento emblemático puede leerse al pie de la letra y no decir más que sus extensas y exaltadas argumentaciones jurídicas.

Cuando se lo *escucha*, sin embargo, en sus lateralidades, cuando se piensa qué podía insinuar pero no decir con claridad —dada la amenaza de cometer

el delito de sedición que se cernía sobre los criollos independentistas—, cuando se presta atención, no a sus denotaciones jurídicas sino a sus amenazas políticas veladas —“No temáis que las Américas se os separen”—, lo que empieza a *emitir* es una negociación que tantea el calentamiento del lenguaje, la retórica de la injuria como degradación del otro y su efectividad como mecanismo verbal y no verbal de presión política.

Lo digo rápido: la *sintonización auditiva* del archivo, que Ochoa Gautier desarrolla para pensar el siglo XIX en Colombia, pone en entredicho la precisión y suficiencia con que se ha comprendido el orden de lo escrito en América Latina y España. Su *escucha* del archivo descubre y suma, a la ciudad letrada de Ángel Rama, una serie de “técnicas audibles”, una serie de “prácticas de sonar y escuchar” diferentes a las de los letrados, y que permanentemente los enfrentaban: “[...] pronunciamientos que parecían *salidos de tono*, difíciles de clasificar como lenguaje o como canción; *acentos* impropios del español que no se correspondían a una norma supuesta; *sonidos* de lenguas indígenas para los que no había signos en el alfabeto español; una abundancia de *ruidos* o *voces* provenientes de entidades naturales que sobrecargaban los sentidos” (4).

Para escuchar esta multiplicidad acústica hay que aceptar su carácter “disperso” y “diseminado”. Estos elementos, según Ochoa Gautier, se mueven entre cierta “fuente sonora mundana” y cierto “oído que los aprehende”. No están dispersos o diseminados porque no se los haya atendido o reunido. Más bien, su atención demanda de una transformación en la tarea del historiador, porque su inscripción en “múltiples textualidades” es producto del propio *rango diluido*, del *aura sonora discreta*, que les es propia y en la que se manifiestan (7-8).

Se trata, en últimas, de la posibilidad de comprender cierta *dimensión acústica* de la palabra escrita, lo que no es igual a la vieja dicotomía entre palabra escrita y oralidad.

Insulto

Mi esfuerzo de intervención creativa, sobre el entramado de textualidades constituyentes del archivo nacional en su franja acotada como “literatura de

la independencia”, estuvo determinado por la *sintonización o disposición acústica* propuesta y desarrollada por Ochoa Gautier para pensar el siglo XIX en Colombia y América Latina. El valor y sentido de esta orientación metodológica sonora fue consonante con la naturaleza de la temperatura del lenguaje que entonces estaba explorando: aquella del maltrato hecho con palabras; aquella del insulto como práctica variada (insultar; pero también el teatro de reclamarse ofendido) y frecuente en la cultura y en la política del país.

Pensar ciertos conflictos críticos de la historia política y cultural de Colombia, a partir de la manifestación del insulto, requería necesariamente de la ampliación de la capacidad de lectura analítica más allá de aquello denotado en los documentos consignados en el archivo nacional. Requería, en últimas, comprender y aprender a moverse en la dimensión acústica de la palabra impresa. Intentar escuchar, por ejemplo, todo aquello premeditadamente no consignado, y que, sin embargo, en su no consignación, dejaba la huella estruendosa de ese esfuerzo de borramiento.

De no haberlo hecho así, de no haberme lanzado a la literatura de la independencia (fue el primer espacio del archivo nacional por el que comencé; luego terminaría explorando otros espacios textuales de la historia republicana del país) desde la premisa metodológica de buscar escuchar o descifrar las gesticulaciones y los sonidos aledaños –al margen– por encima de las declaraciones explícitas, el libro *Insulto: breve historia de la ofensa en Colombia* (2018) habría tomado el rumbo de un mero catálogo iconoclasta; pensar el insulto se habría convertido, simple y llanamente, en recopilar sus escasas manifestaciones groseras en los documentos y acaso comentarlas, un modelo, de hecho, común en las ciencias sociales (y en los libros pop que ahora nacen de lo ocurrido en las redes sociales): el cotejo comentado.

Dicho de otra forma: había una coincidencia sustancial entre la sintonización acústica del archivo y la naturaleza huidiza, abrupta, sonora, de la irrupción y el exceso implicados en la aparición del insulto en el discurso.

El insulto es una manifestación del lenguaje que sobrevive en el descrédito. Quien insulta *corre un riesgo*: fracasar en la comunicación; exceder los contornos de negociación del lenguaje especializado que esté teniendo lugar y quedar así excluido de sus transacciones de valor y sentido.

Esa carga de riesgo habla al tiempo de otra inercia popular y extendida en la esfera pública contemporánea: la confianza institucionalizada en el argumento como instrumento para solventar los múltiples desacuerdos sociales. Evadimos el abismo ponzoñoso del insulto, no lo interrogamos, y en esa decisión de no interrogación elegimos al tiempo la esperanza enfática que el antiguo pacto democrático ha depositado en la virtud retórica conocida como *argumentar*.

Pero no es solo que el insulto no sea reconocido como una virtud retórica; es que, para completar su exclusión de *lo decible*, para terminar de demonizarlo como equivalente de la capacidad del lenguaje de hacer daño, la retórica misma va constituyendo un *sentido de límite* que, antes de relegarlo, le rapa su relación con el fuego, lo diluye y lo desaparece y en ese borramiento lo constituye, ante el archivo, en una *huella sonora* a la que apenas se le permite la huella impresa.

El giro auditivo no era, pues, un capricho, sino una elección pertinente y creativa para el acercamiento riguroso al insulto.

Diario de la Independencia

Releo y tengo la sensación de estar comunicando la aparición de esta serie de elementos en juego como una premeditación ordenada. Desde luego, no es así. La intervención crítica-creativa en el archivo se parece más a la tabla de picar sucia luego de haber cocinado que al recetario previo con cantidades definidas. No declaro una resignación. Sigo intentando tejer, como me lo propuse al inicio de este texto, la defensa de una diversidad epistemológica que le abra espacio a la imaginación y su intervención ensanchadora en la disputa de sentidos que es el archivo.

Más importante que la reconstrucción del orden en que las ideas hayan ocurrido, está la comprensión que ahora articulo: haber intuido y practicado el giro acústico, haber empezado a leer el monolito de la literatura de la independencia por fuera del código de búsqueda de lo consignado-denotado, haber ampliando mi sensibilidad analítica y reflexiva para empezar a escuchar en el archivo leído *alrededores sonoros* tipo amenazas veladas, ruidos proselitistas estratégicos, sermones sediciosos esfumados o gritos de dolor de la muchedumbre, me permitió prepararme o disponerme, cognitivamente,

para que las fuentes primarias se me enriquecieran más allá de la idea restringida que las concibe como meros repositorios de datos fijos o consignaciones estáticas de hechos del pasado.

Las fuentes primarias no pueden ser, ni para el escritor de ficción, ni para el investigador clásico-contemporáneo, simples depósitos de datos. Y menos ahora, en tiempos de computarización de la búsqueda de datos. Puede que tal búsqueda sea uno de los motivos de entrada al archivo en varias de las ciencias sociales, la historia a la cabeza, pero tampoco para ellas ese motivo agota la acción de consumo de fuentes primarias.

Las fuentes primarias se parecen más a *reservorios*, cuya connotación biológica habla de poblaciones de seres vivos que alojan de forma crónica el germen de una enfermedad; son agentes activos, con capacidad de transformar, de contaminar el presente. Entramos a las fuentes primarias en procura de la materialidad del pasado, pero allí habitan también formas posibles del futuro.

Fue así, bajo esta disposición cognitiva (que tal vez sea también una disposición emotiva), cuando me encontré con la fuente primaria de la literatura de la independencia que iba a arrebatarme cinco años de mi vida. Hablo del *Diario de la Independencia* –originalmente editado como “En la Independencia”–, del civil, comerciante, sastre y, al final de su vida, obligado por las circunstancias políticas, subteniente de milicias de infantería en el ejército de Antonio Nariño: hablo de José María Caballero.

La aparición de este manuscrito, un siglo después de los hechos del 20 de julio de 1810, tiene todavía algo de misterio. Aunque fue publicado por primera vez en 1902 por la recién creada Academia Colombiana de Historia, hoy en día no sabemos el paradero del objeto original.

Nada de esto importa demasiado. Importa lo siguiente: los historiadores que dicen haberlo encontrado y que lo publicaron –Eduardo Posada y Pedro María Ibañez–, tuvieron a bien calificarlo de “documento curioso”. En este adjetivo simplista yo leo ahora buena parte de la disposición epistemológica con la que la historiografía colombiana trató el reporte y la experiencia de José María Caballero –y detrás suyo, la de muchos otros sujetos del pueblo– a lo largo del siglo xx.

Pero nada de esto importa tampoco demasiado. Importa lo siguiente: una lectura y una escucha de esta fuente primaria muestra con claridad ostentosa

que se trata de algo más que mera *curiosidad*. Se trata, de hecho, de un texto asombroso y singular. Es difícil imaginar que exista en la riqueza anecdótica, reflexiva, emocional y sintáctica que presenta.

La acción creativa

Destaco solo un episodio crítico: en enero de 1817, recién fusilados los próceres del primer momento de independencia del antiguo Virreinato de la Nueva Granada, este sujeto del pueblo –José María Caballero–, de quien nada sabemos más allá de las cinco autorreferencias marginales que hace en su diario de cientos de páginas, escribe:

[...] Mucho es lo que cada día se persigue á todo hombre; ninguno está seguro, y el Tribunal de Purificación nos aprieta terrible, pues el que menos culpado sale, tiene que dar \$200, \$300 o \$500, y el que no los da, á las tropas, para el Norte; muchos ya han echado y sin distinciones de personas. Con que, ¿qué diré yo, que desde la Revolución he servido, y que fui Sargento veterano y después oficial? ¿No estaré pensando cuándo me caen? Yo pienso emigrar. Dios me dé sus designios y arbitrios para ejecutarlos, pues los mismos nuestros son los peores, y hay uno que anda dando noticia de todos los que han servido á la Patria. ¡Dios quiera que de mí no se acuerde! (263)

La persecución de personas. La inseguridad extendida. La presencia y presión de las instituciones de la Reconquista. Las sanciones pecuniarias. Las imposiciones militares. El ciclo interminable de la guerra. El miedo individual. El yo, grave y abrupto, que antes no ha sido el protagonista del diario, ahora se pone de presente y se reconoce amenazado. Las delaciones. La decisión de emigrar. La espera de un designio superior y claro que lo oriente en la incertidumbre de descubrir que *los suyos propios son los peores*. El brutal deseo de olvido.

Se trata de un conjunto de tensiones explícitas cuya riqueza de sentidos amerita ser sopesada por sus implicaciones sustanciales en la discusión sobre las narrativas a partir de las cuales se formaron las repúblicas hispano-americanas. En una segunda lectura, en una *escucha ensanchada*, ¿qué es aquello decisivo que resuena en el pasaje? ¿Cuál es, en últimas, la *experiencia*

—no explícita, pero sí en el conjunto de los elementos, así como en el trayecto de anotaciones y vivencias que conducen a este pasaje crítico— que transmite el pasaje?

Lo diré sin demoras: hay en el pasaje, y sus antecedentes, la consignación aural de una *experiencia política de decepción civil*; cuando José María Caballero, en las últimas páginas de su diario —luego de pasar por las múltiples exaltaciones del proceso independentista—, se distancia del binarismo ideológico ‘patriotas versus realistas’, reconoce a los suyos propios como “los peores” y prefiere el destino del olvido por encima de cualquier otra suerte, lo que de inmediato resuena en nuestros oídos del siglo XXI es cierta *afinidad contemporánea*: nos identificamos con aquel sentimiento de decepción civil; pero además, nos sorprende un germen así incrustado en el corazón mismo del nacimiento del archivo nacional.

¿Tan temprano? ¿Tan claro y contundente? ¿Cómo fue posible que un testimonio así haya sido despachado o desatendido por la historiografía como mero ‘documento curioso’, o fuente de anécdotas coloridas? Más importante entonces: ¿de qué modo la acción creativa —irradiada desde el diario de Caballero sobre el archivo entero de la Independencia—, podía comprender y dar cuenta de la fertilidad y vocación de futuro de aquella *experiencia popular de decepción política*, incrustada en el corazón mismo de la formación de la república?

Cinco años después de mi primera lectura del *Diario de la Independencia*, el lance narrativo que intenté en torno a este cúmulo de preguntas y posibilidades de sentido tomó la forma de la novela histórica *La ruidosa marcha de los mudos* (2015), donde una versión muda de José María Caballero, y la familia que le imaginé para que lo acompañara en sus andanzas, son los protagonistas del relato.

Aquella novela no podía tratarse de la simple reivindicación imaginaria de un sujeto marginalizado por el archivo porque Caballero y su diario, en rigor, hacen parte protagonista de ese archivo nacional al haber sido publicados, precisamente, en el volumen que da nacimiento a la Academia Colombiana de Historia en 1902.

Tampoco podía tratarse solo de la reproducción llana de los lenguajes insultadores y exaltados de un binarismo ideológico en pugna porque lo más

rico, lo más moderno de la escucha de Caballero, es su perplejidad casi paralizada y la fluidez simultánea con que pasa de un escenario público y político, a uno privado y político.

Menos podía tratarse de una historia contada en un código lingüístico ajeno a la sintaxis trunca, cortada, enrevesada, reiterativa del propio Caballero –y que nuestros oídos contemporáneos leen con dificultad e impaciencia–, porque fue justamente la exclusión de lenguajes –sintaxis– y narrativas, el núcleo violento fundador de la república.

No podía tratarse de nada de esto y al tiempo podía tratarse de una aventura de intervención imaginativa en el archivo que estuviera a la altura de ese germen depositado –y desatendido– que escuché allí en el corazón mismo del proyecto de formación de la república: el sentimiento de decepción civil; una experiencia política popular no representada por ninguno de los dos bandos en disputa.

Y entonces me lancé a intentarlo.

Bibliografía

- Albaladejo, Tomás. “Literatura y tecnología digital: producción, mediación, interpretación”. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Web. 1 de octubre de 2020.
- Berry, David. “The Post-Archival Constellation: The Archive under the Technical Conditions of Computational Media”. *Memory in Motion*. Ed. Ina Blom, Trond Lundemo, Eivind Røssaak. Amsterdam: Amsterdam University Press, 2017. (impreso)
- Berendt, Joachim-Ernst. *The Third Ear: On Listening to the World*. New York: Owl, 1988. (impreso)
- Brockton, John, ed. *How is the Internet Changing the Way you Think?* New York: Atlantic, 2012. (impreso)
- Derrida, Jacques y Eric Prenowitz. “Archive Fever: A Freudian Impression”. *Diacritics*, Vol. 25, No. 2 (Summer, 1995), pp. 9-63. Web. 1 de octubre de 2020.
- González Echevarría, Roberto. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: FCE, 2000 c1990. (impreso)
- Ibargüengoitia, Jorge. *Los relámpagos de agosto*. México: Joaquín Mortiz, 2001 c1964. (impreso)
- Lemebel, Pedro. *Loco afán: crónicas de sidario*. Madrid: Seix Barral, 1996. (impreso)
- Noah Harari, Yuval. *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Bogotá: Penguin Random House, 2016. (impreso)
- Noah Harari, Yuval. *Homo Deus. Breve historia de la humanidad*. Bogotá: Penguin Random House, 2017. (impreso)

- Ochoa–Gautier, Ana María. *Aurality: Listening and Knowledge in 19th Century Colombia*. Durham: Duke University Press, 2014. (impreso)
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998. (impreso)
- Stern, Jonathan. *The Audible Past: Cultural Origins of Sound Reproduction*. Durham: Duke University Press, 2003. (impreso)
- Taylor, Diana. *El archivo y el repertorio. La memoria cultural performática en las Américas*. México: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2015. (impreso)
- Warburg, Aby. *Atlas Mnemosyne*. Madrid: Akal, 2010. (impreso)
- Warburg, Aby. *El ritual de la serpiente*. Madrid: Sexto Piso, 2004. (impreso)
- White, Hayden. “El texto histórico como artefacto literario”. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Ediciones Paidós, 2003. (impreso)

Juan Álvarez

Doctor en estudios culturales latinoamericanos. Algunos de sus libros son: *Candidatos muertos* (2011), *La ruidosa marcha de los mudos* (2015), *Insulto: breve historia de la ofensa en Colombia* (2018), *Aún el agua* (2019). Ganó el Premio Nacional de Cuento “Ciudad de Bogotá” e hizo parte de la selección “Los 25 secretos mejor guardados de América Latina”.



THESAURVS

REVISTA DIGITAL DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
NÚMERO 60 - JULIO 2020 - JUNIO 2021

thesaurus.caroycuervo.gov.co